

haceis desprecio: procesaros han por amotinados contra Dios, y seréis castigados por rebeldes. Adelantarse ha el castigo á vuestro fin; y despierta y prevenida en vuestra presuncion la indignacion de Dios, fabricará en vuestro castigo escarmiento á los porvenir.

Y con nombre de tiranía irá vuestra memoria disfamando por las edades vuestros huesos, y en las historias serviréis de ejemplo escandaloso.

Obedeced á la Sabiduría, que en abriendo la boca por Salomon, empezó á hablar con vosotros á gritos: *Diligite justitiam, qui judicatis terram.* Imitad á Cristo, y leyéndome á mí, oidle á él; pues hablo en este libro, y hablé en el pasado, con las plumas que le sirven de lenguas para sus alabanzas.

## POLITICA DE DIOS

### Y GOBIERNO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

#### PARTE SEGUNDA.

##### CAPITULO PRIMERO.

Quién pidió reyes, y por qué; quién y cómo se los concedió; qué derecho dejaron, y cual admitieron.

LA descendencia y origen de los reyes en el pueblo de Dios ni fué noble ni legítima, pues tuvo por principio el cansarse de la majestad eterna y de su igualdad y justicia. Así lo dijo Dios á Samuel (1): «No te han desechado á tí sino á mí, para que no reine sobre ellos.»\* Pocos son, y ménos valen las coronas, los cetros y los imperios para calificar á este oficio tan ruin linaje como el que tuvo. Para castigarlos les concedió lo que le pidieron. Eran, por ser pueblo de Dios y Dios su rey, diferentes de los demas. Tanto puede la imitacion, que dejan á Dios y le descartan, por ser sujetos como las otras gentes. Dióles rey, y mandó á Samuel les dijese (2): «Tomará vuestros hijos y los pondrá para que gobiernen sus carros, y los hará sus guardas de á caballo, etc.» Si mala fué la ocasion de pedir rey, peor fué el derecho de que dijo Dios usarian; y tan detestable, que mereció estas palabras: «Y clamaréis en aquel día delante del rey vuestro que elegisteis, y no os oirá Dios en aquel día, porque pedisteis rey para vosotros.» Tan gran delito fué pedir rey, que mereció no solo que se le diesen, sino también que no se le quitasen cuando padeciesen con lágrimas el derecho que les predijo. Este libro de Samuel pocos le han considerado (no hablo de sagrados expositores, que son luces de la Iglesia). A unos entretuvo la lisonja, á otros apartó el miedo; y para las cosas del gobierno del mundo es lo mas, es el todo, bien ponderado al propósito. Considero yo que el derecho, de que dijo usarian los reyes, fué contrario en todo al que Dios usaba con ellos. Y así por esta oposicion como por las palabras referidas, mal algunos regaladores de las majestades dicen permitió Dios y concedió aquel derecho, que ántes por detestable se le representa, y se le permite por castigo de que le despreciaron á él en sus ministros, y no quisieron su gobierno en ellos.

Dice pues (pondérese aquí la oposicion): «Os quitarán los hijos, y los harán servir en sus carros.» El hizo que los carros, y caballos y caballeros ahogados le sirviesen de triunfo; él hizo para ellos el mar carroza, y para el contrario sepulcro. «Hará que vayan delante

(1) Non enim te abjecerunt, sed me, ne regnem super eos. (Reg. 1, cap. 8.)

(2) Filios vestros tollet, et ponet in curribus suis, facietque sibi equites, etc.

de sus coches.» Y él hacia que la luz de noche para guiarlos, y las nubes de dia para defenderlos del calor, fuesen delante. «Hará que sean centuriones, y tribunos y gañanes, que aren sus campos y sean segadores de sus mieses, y herreros para forjarles sus armas y aderezarles sus carros.» El era para ellos capitán; y sus ángeles, y sus milagros, y sus favorecidos, y sus profetas tribunos y centuriones. Su voluntad fertilizaba los campos, y les daba las mieses que sembraban otros y cogian para sustento suyo. El los daba en su nombre las armas, y en su virtud las victorias. «Hará que vuestras hijas le sirvan al regalo en la cocina y en el horno.» El mandaba que el cielo les amasase el maná, y en él les guisase todo el primer de los sabores. Hizo al viento su dispensa, y que lloviese aves. Mandó que las peñas heridas con la vara sirviesen á su sed. Quiso, contra la nobleza de estos elementos, que hiciesen estos oficios postreros en todas las familias. «Quitaros ha vuestros campos, viñas y olivares, y todo lo que tuviéredes bueno, y lo dará á sus criados.» El los dió la tierra, y los campos que no tenían, y las viñas que con sus racimos dieron á los exploradores señas de su fertilidad; y hizo patrimonio suyo en sus prometimientos la mejor fecundidad del mundo. El los quitó todo lo malo en la idolatría, y obstinacion y canterios, y los dió todo lo bueno en su ley; quitó lo precioso de los señores, que lo tenían, para darlo á los que eran siervos suyos. «Las rentas de vuestras semilla y viñas llevará en diezmos para dar á sus eunucos y á sus esclavos.» El recibia los sacrificios, diezmos y oblaciones, no para henchar sus locos, sus truhanes, sus esclavos, sino para darlos multiplicados el humo y la harina en posesiones y glorias, y adelantarlos á todas las gentes con maravillas. «Vuestros criados y criadas, y vuestros mozos los mejores, y vuestras bestias, os los quitará para poner en sus obras.» El, que para ninguna obra ha menester mas de su voluntad, no solo no les quitaba los criados y bestias, ántes por mas favor con los portentos de su omnipotencia los excusaba del trabajo; obrando por mas noble modo. «Consumirá en décimas vuestros ganados, y seréis sus esclavos.» El se los multiplicaba, y tenia por hijos; y por esclavos á los que los perseguian y querian hacer siervos, como se vió en Faraon. Con ellos, como con hijos, obró las maravillas; por ellos en los tiranos ejecutó las plagas. ¿Quién podrá negar, por ciega secta que siga, por torpe que tenga el entendimiento, que este derecho de que Dios usaba con ellos era derecho de rey, de señor, de padre; y el



otro de tiranos, de enemigos, de disipadores, de lobos? Tanto apetece en los dominios la novedad el pueblo, que no dejan uno y piden otro por eleccion, sino por enfermedad. Sea otro (dicenlos siempre mal contentos), aunque no sea bueno, que por lo ménos tendrá de bueno el ser otro. Dos cosas diferentes enseña esta doctrina: la una, que los reyes que usan de aquel derecho son persecucion concedida á las demasías de los hombres. La otra consuela á los reyes que, imitando el derecho de Dios, se ven aborrecidos de sus vasallos; pues contra los deseos de vagabundos de la plebe, aun á Dios no le valió el serlo, como él lo dijo.

Veamos cómo se cumplió esto. El propio libro nos lo dice, donde el Espíritu Santo se encargó de lo mas importante en estas materias. Fué Saul el rey que Dios les dió. «Era Saul hombre escogido y bueno, y ninguno de los hijos de Israel era mejor; llevaba á todos los demas, en la estatura, desde los hombros arriba.» Era escogido, era bueno; ninguno de los hijos de Israel era mejor antes de reinar; despues ninguno fué tan malo. Pocas bondades y pocas sabidurias aciertan á acompañarse de la majestad, sin deseaminar el seso y distraer las virtudes. Venía Saul á buscar unas bestias que se le habian perdido á su padre; y para hallarlas buscó al varon de Dios, consultó á Samuel, *al que ve* (este era el nombre de los profetas). ¡Gran cosa, que para hallar bestias perdidas sigue á Samuel; y para gobernar el reino que le da Dios, desprecia al mismo profeta! Obedecióle en todo para cobrar los jumentos, y desobedeció á Dios para perderse así. Muy enfermizo es para la fragilidad humana el sumo poder; y si los que adolecen de sus demasías no se gobiernan con la dieta de los divinos preceptos, con el primer accidente están de peligro, y los aforismos de la verdad los dejan por desahuciados. Dijo á Saul, en nombre de Dios, Samuel: «Vé, y destruye á Amalec, y asuela cuanto en ella hallares. Nada le perdones, ni codicies alguna de sus cosas; pasa á cuchillo desde el varon á la hembra, y el niño á los pechos de la madre; oveja, buey, camello y jumento.» Enfermedad antigua es la inobediencia. Esta en los primeros padres nos atesoró la muerte; en su vigor tiene hoy la malicia: nada ha remitido del veneno en la vejez y los siglos. Fué Saul á Amalec, destruyola; mas reservó para sacrificar á Dios lo mejor que le pareció. Mal de reyes, tomar los sacrificios por achaque, y la piedad y religion y á Dios, para eximirse de la obediencia. No falta sacrificio, aunque vosotros os haceis desentendidos de él: obedeced á Dios, y sacrificaréisle vuestra voluntad que repugna á esta obediencia; que es mas copioso, mas noble sacrificio que vacas y ovejas hurtadas á la puntualidad de sus mandatos. El profeta lo dice: «Mejor es la obediencia que el sacrificio.» Dijo Samuel á Saul: «Porque desechaste las palabras de Dios, te desechó Dios para que no seas rey.» Y Dios, viendo á Samuel compadecido de Saul, le dijo: «¿Hasta cuándo lloras tú á Saul, habiéndole yo arrojado para que no reine en Israel?» Samuel le dice que ya no es rey á Saul; y Dios le dice á Samuel que ya echó á Saul porque no reinase. Cierto es que ya no era rey Saul, porque ninguno es rey mas allá de donde lo merece ser. De esta deposicion de Saul, pasó á elegir otro rey. «Tomó Samuel el vaso de olio, y ungió á David en medio de sus hermanos; y desde aquel dia se encaminó á David el espíritu de Dios.» Ese es buen principio

de reinar, seguro incontrastable de las acciones del príncipe. «El espíritu del Señor se apartó de Saul, y atormentábalo por voluntad de Dios el espíritu malo.» Allí acabó de ser rey donde empezó á dejar el espíritu de Dios; y allí empezó á ser reino del pecado, donde se apoderó de él el espíritu malo.

Estos espíritus hacen reyes, ó los deshacen. Quien obedece al de Dios, es monarca: quien al espíritu malo, es condenado, no príncipe. «Dijeron los criados á Saul: Ves aquí que el espíritu malo de Dios te enfurece. Mande nuestro señor, y los criados tuyos que están cerca de tí busquen un varon que sepa bailar con la cítara, para que cuando el espíritu malo de Dios te arrebatare, toque con sus manos, y lo pases mas levemente.» Aquí está de par en par el gran misterio de los príncipes y sus allegados, tan en público, que ninguna advertencia deja de tropezar en él: al encuentro sale á la vista mas adornada. Estos criados con los mas príncipes y monarcas se acomodan; y parece andan remudando dueños por todas las edades. No hay monarquía que no ponga un amo: estos criados á Saul sirvieron, y servirán á muchos. El primer acometimiento fué de predicadores, no de criados. Dijéronle: «Ves aquí que el espíritu malo de Dios te enfurece.» ¿A qué mas puede aventurarse el buen celo, no digo de un criado, de un predicador, de un profeta, que á decir á un rey que está endemoniado? Mas como era maña y no celo, cansóse presto. Dijéronle lo que padecía, lo que no podía negar, y que por eso iban seguros de su enojo. ¡Gran primor de los ministros, que aseguran su medra entreteniéndolo, no echando el demonio de su príncipe! Para tan grande mal, y tan superior, dijeron que por médico se buscara un bailarín, un músico; no que le sacase el espíritu, solo que con la voz y las danzas le aliviase un poco. La medra de muchos criados es el demonio entretenido en el corazon de sus dueños. Sonos y mudanzas recetan á quien ha menester conjuros y exorcismos. ¡Oh reyes! ¡Oh príncipes! obedeced á Dios; porque si su espíritu os deja y el demonio se os apodera de las almas, los que os asisten os buscarán el divertimento, y no la medicina; y el demonio, que está dentro, se multiplicará por tantos criados como están fuera.

Envió Saul á decir á Isai: «Esté David en mi presencia, que es agradable á mis ojos. Pues todas las veces que le arrebatara el espíritu malo de Dios á Saul, David tomaba la cítara y la tocaba, y con el son se refocilaba Saul y padecía ménos, porque se apartaba de él el espíritu malo.» Los criados no querian sino música que le aliviase, no que apartase el espíritu malo de Saul; mas como era David el que tañía (hombre tan al corazon de Dios), ahuyentábale y apartábale de Saul. Con todo aprovechan los siervos de Dios á los reyes, y cualquiera ruido que hacen tiene fuerza de remedio. Al que sabe ser pastor, y desquijarar leones, y vencer gigantes, oíganle los reyes, aunque sea taner; que eso les será grande provecho. Conócese la iniquidad del espíritu malo que poseía á Saul, y cuán reprobadas determinaciones tienen los reyes que no obedecen á Dios y desprecian su espíritu; pues con tanto enojo queria alancear á David que apartaba de él el espíritu malo, y nunca se enojó con los criados que pretendian entreterle en el corazon el demonio con músicas y danzas. Lanzas y enojo tienen á mano los reyes de mal espíritu

para quien los libra de la perdición, y mercedes y honras para quien se la divierte, alarga y disculpa.

«Entróse el espíritu malo en Saul: estaba sentado en su casa, y tenia una lanza; demas de esto David tañía con su mano. Procuró Saul clavar á David en la pared con su lanza. Apartóse David de la presencia de Saul; y la lanza con golpe descaminado hirió la pared. David huyó, y se salvó aquella noche.» Tan bien se halla un rey maldito con el espíritu malo, que procura huya de él antes quien se le aparta, que el espíritu. Y es de considerar que los monarcas que arrojan lanzas á los varones de Dios, yerran el golpe y, como Saul, dan en las paredes de su casa, derriban su propia casa, asuelan su memoria con la ira que pretenden despedazar los varones de Dios. Véase aquí un ñudo, en nuestra vista, ciego; un laberinto, en nuestro entendimiento, confuso. Dijo el profeta á Saul (como se ha referido), luego que dejó de obedecer á Dios en Amalec, que no era rey ya; dijosele Dios á Samuel cuando lloraba por él; eligió á David por rey Dios, y ungióle el profeta. Y es cosa de gran maravilla que Saul manda, y tiene cetro y corona, goza de la majestad y del palacio; y David, ya rey, padece cada dia nuevas persecuciones, ocupado en huir, contento con los resquicios de la tierra y con las cuevas por alojamiento, sin séquito, ni otro caudal que un amigo solo.

¿Qué llama Dios ser rey? Qué llama no serlo? Cláusulas son estas de ceño despacible para los príncipes, de gran consuelo para los vasallos, de suma reputacion para su justicia, de inmensa mortificacion para la hipocresía soberana de los hombres. Señor, la vida del oficio real se mide con la obediencia á los mandatos de Dios y con su imitacion. Luego que Saul trocó el espíritu de Dios bueno por el malo, y le fué inobediente, le conquistaron la alma la traicion, la ira, la codicia y la envidia, y en él no quedó cosa digna de rey. Quedóle el reino: fué un azote coronado, que cumplía la palabra de Dios en la afliccion de aquellos que pidieron rey y dejaron á Dios. Muchos entienden que reinan porque se ven con cetro, corona y púrpura (insignias de la majestad, y superficie delgada de aquel oficio); y siendo verdugos de sus imperios y provincias, los deja Dios el nombre y las ceremonias, para que conozcan las gentes que pidieron estas insignias para adorno de su calamidad y de su ruina. Saul, á fuerza de calamidades y á persuasion de tormentos, lo llegó á conocer entre la envidia y el enojo, cuando oyendo cantar á las mujeres en el triunfo de la cabeza de Goliath: «Saul derribó mil, y David diez mil», dice el texto sagrado, «se enojó demasiado Saul, y le dió en cara esta alabanza, y dijo: A David dieron diez mil, y á mí me dieron mil, ¿qué le falta sino solo el reino?» Conoció que era rey, y que merecia serlo, pues dijo que solo le faltaba el reino. No conoció que se le difería Dios; porque por su dureza merecia que no le quitase en él la calamidad, ni le apresurase en David el remedio. A muchos, sin ser ya reyes, permite Dios el nombre y el puesto, porque sus maldades llenen el castigo de las gentes. Dejaron, Señor, como vemos, los hombres el gobierno de Dios: echáronle. Así lo dijo él, y tambien dijo: «En aquel dia clamaréis delante de vuestro rey, que elegisteis; y no os oirá Dios en aquel dia.» Esto ha durado por tantas edades, y se ha cumplido; mas el propio Señor, condolido de nos-

otros, lo que dijo que no haria en aquel dia del testamento viejo, lo hace en este de la ley de gracia; y vino hecho hombre á tomar este reino, y dejó en san Pedro y sus sucesores su propia monarquía. Y porque allí dió para castigo el reino que pedimos, en este dia nos mandó pedir en la oracion, que nos enseñó, que viniese su reino; porque como á nuestro ruego vino la calamidad por su enojo, á nuestra peticion vuelva el consuelo por su clemencia.

## CAPITULO II.

Ni los ministros han de acriminar los delitos de los otros, queriendo en los castigos mostrar el amor que tienen al señor; ni el señor ha de enojarse con extremo rigor por cualquier desacato. (Luc., cap. 9.)

«Sucedió, cumpliéndose los dias de su Asuncion; y como afirmase su cara para ir á Jerusalem, y enviase mensajeros delante; y como yendo entrasen en la ciudad de los samaritanos para aposentarle, y no le recibiesen, porque su cara era de quien iba á Jerusalem; pues como lo viesen sus discípulos, Jacobo y Juan, dijeron: Maestro, ¿quieres que digamos que el fuego baje del cielo y los consuma, como hizo Elías? Y volviéndose, los reprendió y dijo: No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas. Y fuéronse á otro castillo.»

Justo fué, y al juicio humano disculpado el sentimiento de Jacobo y Juan (aposentadores enviados por Cristo) de que los samaritanos no le quisiesen dar posada; mas en la censura del mismo Cristo Jesus fueron dignos de reprehension gravísima, si no por el sentimiento, por el castigo que propusieron contra los descortesos, procurando bajase sobre ellos el fuego del cielo. El Dios y Hombre rey solo previno en su Santísima Madre la posada de los nueve meses, y eso desde el principio. Aun para nacer no previno lugar; que sin desacomodar las bestias, fué su primera cuna un pesebre. Está hecho Dios á entrarse por las puertas de los hombres, y ellos á negarle sus casas. No admitir á Cristo, ya es fuego del infierno: no hace falta el del cielo para castigo. Más necesitaban de misericordia y de perdon, que de pena. No le falta castigo á la culpa que le merece. Quien no quiere recibir á Cristo, y le despide, y arroja de sí viniendo á él, ¿qué fuego le falta? qué condenacion extrañará? Dije habia sido gravísima la reprehension que dió á estos dos grandes apóstoles y parientes suyos: probárelo. Las palabras fueron: «No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas.» Dos veces reprendió Cristo á Diego y á Juan. Aquí les dice «que no saben de qué espíritu son»; y cuando pidieron lassillas, «que nosaben lo que piden.» ¡Dichosos ministros, que sirven á rey, que si les dice que no saben, los enseña lo que han de saber, y que no entretiene en el amor y la privanza la reprehension de los que le sirven! No dijo: «No sabéis á quién servís, ni mi condicion ó piedad;» sino: «No sabéis de qué espíritu sois;» porque como quisieron imitar el espíritu de Elías en el mandar que descendiesen llamas del cielo, supiesen que el suyo era detener las del cielo, y apartar las del infierno. Y si bien el decirles «que no saben de qué espíritu son», fué advertencia severísima, no está en eso la ponderacion mia del rigor: está con grande peso en decirles: «No vino el Hijo del hombre á per-



der las almas, sino á salvarlas.» Severas palabras, si nos acordamos que el demonio le dijo: «Jesus, hijo de David, ¿por qué veniste ántes de tiempo á perdernos?» Y los santos ponderan por blasfemia del demonio el decir que Cristo vino á destruirlos y atormentarlos; porque destruir y atormentar es oficio del demonio, y de Cristo restaurar y dar salud.

Siguiendo esta doctrina san Pedro Crisólogo, *Serm. 155*, del rico que tenía fértil heredad, examinando el soliloquio interno de su avaricia en aquella pregunta: *Quid faciam?* «¿Qué haré?» dice: «¿Con quién habla este? Algun otro tenía dentro de sí; porque el demonio, que le poseía, se había penetrado en sus entrañas; el que se entró en el corazón de Júdas poseía lo retirado de su mente. Mas oigamos qué le responde el consejero interior. Destruiré mis trojes. Evidentemente se descubrió el que se escondía, porque siempre el enemigo empieza por destruir.»

Cristo rey solo destruyó la muerte, muriendo; *Mortem moriendo destruxit*. Eso fué destruir la destrucción. Esto es lícito que destruyan los reyes que imitan á Cristo. Los que no le imitan, vivifican la destrucción, y destruyen las vidas viviendo. Bien se conoce si fué severa y gravísima reprensión decirles que no sabían que él no venía á perder y destruir, que es el oficio del demonio. Nadie ha de decir al rey que pierda y destruya (aunque lo autorice con ejemplos), que no oiga: «No sabéis á quien servís: no es mi oficio perder y destruir, sino salvar y dar remedio.» Perder y destruir es de espíritu de demonio, no de espíritu de rey. No puede negarse que no es doctrina bien endiosada. Castigar la culpa no es lo mismo que destruir los delinquentes. Quien los destruye es desolación, no príncipe. Fácilmente se consultan en el mundo horribles castigos á delitos ajenos.

Uno de los grandes ejemplos que dejó Cristo nuestro señor á los reyes, fué este; y ninguno mas importante. Vuestra majestad le atiende con la católica piedad de su alma; porque en las culpas que exajeran en otro los que asisten á los soberanos príncipes, cuando tocan en la reverencia y comodidad de sus personas, el consultar castigos enormes y sumos puede enfermar de lisonja, que á costa de otros ostente el amor grande y reverencia que ellos quieren persuadir que les tienen. A veces, soberano Señor, mas se deben guardar los monarcas de los que tienen en su casa que de los que les niegan la suya. Los apóstoles, ó algunos de ellos, se puede creer que vieron los tratantes y mohatrerros vender en el templo, y hacer la casa de Cristo, de oración, cueva de ladrones; y no se lee que alguno le dijese que tomase el azote y los castigase, y Cristo lo hizo; y aquí le dicen que le tome, y no solo lo niega, sino lo reprende. Enseñó el sumo Señor que se ha de usar del azote sin consulta para limpiar la propia casa de ladrones, y que se ha de suspender en las descortesias de la ajena. Diferente cosa es que los malos no dejen entrar á Cristo en su casa, ó que los malos se entren en la de Cristo. ¡Gran rey, que no acertando tan divinos consejeros en lo que le consultan y en lo que le dejan de consultar, los enseña con lo que hace y deja de hacer!

La tolerancia muestra que los corazones de los reyes son de peso y sólidos. Al contrario, si cualquier chisme, en que se gasta poco aire, los arrebatara y enfurece, ¿quién ignora que conserva, y restaura y corrige mas la pacien-

cia que el impetu? Si donde no acogen á Cristo se hubiera de aposentar vengativo el fuego del cielo, ¿cuántas almas arderían? Cuántos cuerpos fueran cenizas? En la boca del cuchillo y de la llama fuera alimento el vasallaje del mundo. Las culpas de la casa ajena todos las creemos; las de la propia las ven pocos, porque tienen en sus ojos todas las vigas de sus techos. Es huésped Cristo en casa de Simon el leproso; y siéndolo, tiene asco de que Cristo admita mujer pecadora, y no de que le comunique su lepra. ¡Cuántos leproso de conciencia quieren cerrar á todo el rey en su casa; y para que no le participen los que le buscan y tienen necesidad de él, los calumnian, y acusan y desacreditan! Quiso Simon que sola su lepra fuese favorecida; mas no se lo consintió Cristo. Muchos quieren que el rey asuele las casas de los otros; mas ninguno la suya, ni las de los suyos. Muchos pretenden que el rey solo asista á su casa de tal suerte que los demas no puedan entrar en ella. Nunca admitió Cristo de sus discípulos estas lisonjas de su comodidad, ni dejó de reprendérselas.

Testificalo en la transfiguración san Pedro, cuando de piedra fundamental de edificio eterno se metió á maestro de obras, y le dijo: «Hagamos aquí tres tabernáculos: uno para tí, otro para Moises, otro para Elías.» Y dice el Evangelista: «No sabía lo que decía.» Sospechosos deben ser á los reyes, Señor, los solícitos de su comodidad y descanso, pues su oficio es cuidado; mas útil hallan en el trabajo que le excusan tomándole para sí, que en el descanso que le dejan para él. Esto es ponerse la corona que le quitan. Hurto es igualarse el criado con el señor; así le llama san Pablo: *Non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo*; entiéndese como hombre. «No trazó rapina (esto es, hurto) ser igual á Dios.» ¿Qué será trazar de hacer siervo al señor, y serlo el criado? Esto severamente lo castigó Dios en el ángel y sus secuaces, y en el hombre y su descendencia. Con rigor castiga el pretender ser como él; con piedad el ser contra él. Luzbel pretendió aquello, y cayó para no levantarse. San Pablo le perseguía, y cayó para subir al tercero cielo. Mayor riesgo se conoce en la criatura que compete, que en el enemigo que persigue. ¿Qué casa hay en que el rey no haya menester desvelar su atención? En la que le reciben, porque el dueño quiere cerrarle en ella para sí solo; en la que no le admiten, porque los que le asisten quieren llueva-fuego sobre ella; en la que le trazan en palacio, capaz para su séquito, y en gloria y descanso, porque le quieren retirar en las delicias del Tabor del oficio y trabajos, título y corona de rey que le aguardan en el Calvario. Empero el verdadero rey Cristo Jesus ni se divierte de su oficio, ni consiente que el amor tierno y santo de los suyos le divierta. Y por eso dice (1): «Afirmó su cara hácia Jerusalem,» donde había de padecer. Toda la salud del gobierno humano está en que los príncipes y monarcas afirmen su cara al lugar de su obligación; porque si dejan que las manos de los que se la tuercen la descaaminen, mirarán con la codicia de sus dedos, y no con sus ojos. Aquel señor que, no queriendo imitar á Cristo, se deja gobernar totalmente por otro, no es señor, sino guante; pues solo se mueve cuando y donde quiere la mano que se le calza.

(1) Firmavit faciem suam in Hierusalem.

## CAPITULO III.

Cuán diferentes son las proposiciones que hace Cristo Jesus, rey de gloria, á los suyos, que las que hacen algunos reyes de la tierra; y cuánto les importa imitarle en ellas. (Joann., 6.)

*Qui manducat meam carnem*, etc. «Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el postrero día. De verdad mi carne es comida, y de verdad mi sangre es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre queda en mí, y yo en él. Muchos de los discípulos dijeron: Duro es este razonamiento: ¿quién le puede oír? Sabiendo Jesus en sí mismo que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo: ¿Esto os escandaliza?»

Igualmente es importante y peligroso discurrir sobre estas palabras, que cierran el solo arbitrio eficaz para las dos vidas. Sea hazaña de la caridad, que vengza al riesgo particular el útil comun. Si las murmuraron oyéndoselas á Cristo los discípulos, ¿qué mucho que me las calumnien á mí los que no lo son, los que no quisieren serlo? «¿Esto os escandaliza?» les dijo. Lo mismo les diré, respondiendo con su pregunta. El mantener á los suyos y el sustentarlos es uno de los principales cuidados de los reyes. Por eso los llama Homero «pastores de los pueblos»; y lo que divinamente lo prueba es que Cristo, rey de gloria, dijo que era pastor (1): «Yo soy buen pastor.» No solamente porque guarda sus ovejas de los lobos, sino porque da su vida por ellas; y no solo por esto, sino porque las da su vida. Los demas las apacientan en los prados y dehesas; Cristo en sí mismo, y de sí: viviendo, las da vida con su palabra; muriendo, las apacienta con su carne y su sangre. «Es pastor y es pasto.»

Hablaba en este capítulo de su cuerpo sacramentado. Ofreceles pan de vida, pan que bajó del cielo, y en él vida eterna. Convídalos á sí mismo; es el señor del banquete en que es manjar el señor. Y si bien estas misteriosas palabras se entienden del santísimo sacramento de la Eucaristía, fértiles de sentidos y de doctrina y ejemplo, me ocasionan consideración piadosa de enseñanza para todos los príncipes de la tierra. Probaré lo que al principio propuse: que son muy diferentes las proposiciones que Dios hace á los suyos, de las que hacen á sus vasallos los reyes de la tierra. Cristo, rey, los dice que coman su carne y beban su sangre; que se lo coman á él para vivir. Los mas de los monarcas del mundo los dicen que han de comer sus pueblos como pan. No digo yo esto; dícelo David (2): «¿Será que no sepan todos los que obran iniquidad y traigan mi pueblo como mantenimiento de pan?» El texto es coronado y sacrosanto, por ser de rey santo y profeta, y que con todas sus palabras prueba esta diferencia. Cristo Jesus dice á los suyos que le coman á él como pan: los que obran iniquidad dicen á los suyos que se los han de comer á ellos como pan. En Cristo el pan es velo de la mayor misericordia; en estotros demostración de la hambre mas facinerosa. Noticia tuvo la antigüedad de estos reyes comedores de pueblos. Homero lo refiere de Aquiles: este príncipe de los mirmidones, y aquel de los poetas y filósofos. En el primero libro de la *Iliada* trata de la grande peste que Apolo envió sobre el ejército de

(1) Ego sum pastor bonus.

(2) Nonne scient omnes qui operantur iniquitatem, qui deyerant plebem meam ut cibum panis? (Psalm. 52, v. 5.)

Agamenon, porque despreció á su sacerdote y le trató mal de palabra, amenazándole. Ya hemos visto á Dios castigar con pestilencias universales semejantes delitos y sacrilegios, sin culpa de la malicia de las estrellas, ni de la destemplaza del aire. Elegantemente lo dijo Simaco á los emperadores que despojaban las cosas sagradas, templos y sacerdotes (3): «El fisco de los buenos príncipes no se aumenta con los daños de los sacerdotes, sino con los despojos de los enemigos.» Y mas abajo en la propia epístola: «Siguió á este hecho hambre pública; y la mies enferma engañó la esperanza de todas las provincias. No son de la tierra estos vicios. No achaquemos algo á las estrellas. El sacrilegio secó el año. Necesario fué que pereciese para todos lo que á las religiones se negaba.» ¿Quién será, Señor, el católico que quiera ser reprendido de Simaco con justicia, habiendo Simaco sido condenado por infiel de san Ambrosio y de Aurelio Prudencio? No se puede llamar digresión la que previene lo que se ha de referir. Por la causa dicha, enojado Aquiles con el rey Agamenon, entre otros muchos oprobios que le dijo, le llamó *demovoros*, que se interpreta «comedor de pueblos.» Todo el verso de Homero dice: «Rey comedor de pueblos, porque reinas entre viles.» Dar por causa el reinar entre viles al ser el rey comedor de pueblos, mejor es dejar que lo entienda quien quisiere, que darlo á entender á quien no quisiere.

Que no solo es rey uno por dar de comer á los suyos, Cristo lo enseñó literalmente cuando obró aquel abundante y espléndido milagro en el desierto con la multiplicación de cinco panes y dos peces; pues la gente persuadida de la hartura le quisieron arrebatar y hacerle rey; y Cristo se ausentó porque no le hicieran rey. Mas despues que, instituyendo el santísimo sacramento del Altar, dió su carne por manjar y su sangre por bebida y le comieron los suyos, no negó que era rey, preguntándole los pontífices si lo era, y aceptó el título de rey. Claro está que los reyes de la tierra, que no pueden sacramentar sus cuerpos, no pueden imitar esta acción, dándose á sus vasallos por manjar; empero el mismo Dios y hombre, nuestro señor y rey eterno, los enseña cómo han de ser comidos de los suyos, con palabras de David que los enseñó; porque eran obradores de iniquidad, comiéndose á los suyos. Cuando echó del templo los que vendían palomas y ovejas, y trocaban dineros (acción realísima, ponderada por tal de los santos), dijo Cristo (4): «El celo de tu casa me come», que son del vers. 10, del *psalm. 68*, todo misterioso de la pasión del Señor.

Con toda reverencia y celo leal á vuestra majestad y á Dios, os suplico, serenísimo, muy alto y muy poderoso Señor, consideréis que estas palabras amonestan á vuestra majestad que sea manjar del celo de la casa de Dios. Bien sé que este celo os digiere y os traga. Sois rey grande y católico, hijo del Santo, nieto del Prudente, biznieto del Invencible. No refiero á vuestra majestad esto porque ignore que lo haceis, sino porque sepan todos á quién imitais y obedecéis en hacerlo. Muchos habrá, forzoso es, que digan no hagais lo que haceis: haya quien diga lo que no queréis dejar de hacer. La casa de

(3) Fiscus honorum principum non sacerdotum damnis, sed hostium spoliis augeatur.

(4) Zelus domus tuae comedit me.



Dios, Señor, es su templo, su iglesia, la congregación de sus fieles, sus creyentes. Vuestra majestad es el mayor hijo de la Iglesia romana: cuanto mas obediente, monarca glorioso de los católicos, pueblo verdaderamente fiel. La monarquía de vuestra majestad ni el día ni la noche la limitan: el sol se pone viéndola, y viéndola nace en el Nuevo-Mundo. Mirad, Señor, de cuánto celo ha de ser manjar vuestra persona y vuestro cuidado y vuestra justicia y misericordia; cuán lejos ha de estar de vuestra majestad el comer vasallos y pueblos; pues ántes ellos os han de comer. Son muy dignas de ponderación aquellas palabras de David, que tanto he repetido: «¿No lo sabrán todos los que obran maldad, que engullen mi pueblo como manjar de pan?» Señor, el pan es un pasto de tal condición, que nada puede comerse sin él; y cuando sobra todo, si falta pan, no se puede comer nada; y se desmaya la gente, y la hambre es mortal y sin consuelo, por haber acostumbrado la naturaleza á no comer algo sin pan. Los tiranos que ha habido, los demonios políticos que han poblado de infierno las repúblicas, han acostumbrado á los príncipes á no comer nada sin comerlo con vasallos. Todo lo guisan con sangre de pueblos: hacen las repúblicas pan, que necesariamente acompaña todas las viandas. Esto dijo David á los reyes, como rey que sabía «que los que obran iniquidad» los alimentan de sus mismos súbditos. Y no se puede dudar que cualquiera que sustenta al señor con la sangre de sus vasallos, no es ménos cruel que sería el que sustentase un hambriento dándole á comer sus mismos miembros y entrañas, pues con lo que le mata la hambre, le mata la vida.

¡Oh señor! perdóneme vuestra majestad este grito, que mas decentes son en los oídos de los reyes lamentos que alabanzas. Si lo que es precio de sangre en la venta de Judas se llama *Acheldemach* (a), ¿cuántos edificios que se llaman de otra manera, cuántas posesiones, cuántos patrimonios, cuántos estados, cuántas fiestas son *Acheldemach*, y se deben á los peregrinos por sepultura? Los arbitrios de Cristo rey para socorrer á los suyos, son á su costa, cargan sobre su carne y su sangre, sobre su vida y su muerte. Quien quita de todos los suyos con los arbitrios, para defenderlos del enemigo, hace por defensa lo que el contrario hiciera por despojo. De que se colige que el señor que tiene necesidad de los suyos, no es señor, sino necesitado. Por esto David rey (1) exclama: «Dije al Señor, tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes.»

## CAPITULO IV.

Las señas ciertas del verdadero rey. (Luc. 7, Matth. 11.)

*Cum autem venissent ad eum*, etc. «Como los varones viniesen á él, dijeron: Juan Bautista nos envía á tí, diciendo: ¿Eres tú el que has de venir, ó esperamos á otro? En la misma hora curó muchos de sus enfermedades y llagas y espíritus malos, y á muchos ciegos dió vista. Y respondiendo Jesus, los dijo: Idos, y decidle á Juan lo que visteis y oísteis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos guarecen, los sordos oyen, los muertos resucitan.»

Estas palabras de los evangelistas son las verdaderas y solas señas de cómo y cuáles deben ser los reyes; no

(a) *Haceldama*.

(1) Salm. 15, vers. 2.

de cómo lo son algunos, que eso lo escribió Salustio en la *Guerra de Yugurta*, con estas palabras: *Nam impune quaelibet facere, id est regem esse*: «Porque hacer cualquier cosa sin temer castigo, eso es ser rey.» Puede ser que el poder soberano obre cualquier cosa sin temer castigo; mas no que si obra mal, no le merezca. Y entónces la conciencia con mudos pasos le penetra en los retiramientos del alma los verdugos y los tormentos (que divertido ve ejercitar en otros por su mandato), los cuchillos y los lazos. Si conociese que es la misma estratagemas de la divina justicia mostrarle los verdugos en el cadalso del ajusticiado, que la que usa el verdugo con el que degüella, clavándole un cuchillo donde le vea, para hacer su oficio con otro que le esconde, sin duda tendría mas susto, ménos seguridad y confianza. Bien entendió David esta verdad; pues siendo rey que podía hacer, sin temer castigo de otro hombre, cualquier cosa, y que lo ejercitó en un homicidio y un adulterio, y en mandar contar su pueblo, no hubo pecado, cuando se vió en manos de los mas rigurosos verdugos, y en el potro de su conciencia daba gritos, diciendo (2): «A tí solo pequé, y hice mal delante de tí.» Había el Rey pecado contra Urias, quitándole su mujer; y contra la mujer, dando muerte á su marido; y vió el ejército y supolo todo su pueblo, y dice: «Pequé solo á tí, y delante de tí hice mal.» Bien considerado, el Rey profeta dijo toda la verdad que le pedían las vueltas de cuerda que le daban. «Señor, yo soy rey, y si bien pequé contra Bersabé y Urias, y delante de todos, como el uno ni el otro, ni mis súbditos podían castigar mis delitos, digo que pequé á tí solo, que solo puedes castigarme, y delante de tí.» Extrañarán los poderosos del mundo que yo les represente un rey tendido en el potro, y dando voces. Sea testigo el mismo rey, óiganlo de su boca (3): «Porque tus saetas en mí están clavadas, y descargaste sobre mí tu mano. No hay sanidad en mi carne delante de la cara de tu ira: no tienen paz mis huesos delante de la cara de mis pecados.» El mismo dice que los cordeles se le entran por la carne y le quiebran los huesos. Y en el vers. 19, para que alojen las vueltas, promete declarar: *Iniquitatem meam auuntiabo*. «Confesaré la iniquidad mia.» Lo mismo es que «Yo diré la verdad.» De manera que si los que reinan creen á Salustio, que su grandeza está en poder hacer lo que quisieren, sin castigo, — David rey los desengaña, y sus propias conciencias. Ha sido necesario declararlos primero el riesgo y castigos que ignoran en reinar como quieren, para enseñarlos á reinar como deben con el ejemplo de Cristo Jesus.

Envió san Juan sus mensajeros á Cristo, que le preguntasen «si era el que había de venir, el que esperaban, el Mesias prometido, el rey Dios y hombre». Bien sabía san Juan que era Jesus el prometido, y que no había que esperar á otro; no aguardó á nacer para declararlo. ¿Por qué, pues, manda á sus discípulos el Precursor santísimo que de su parte le pregunten á Cristo lo que él sabía? La materia fué la mas grave que dispuso el Padre eterno, y que obró el Espíritu Santo, y que ejecutó el amor del Hijo. Tratábase de dar á entender al mundo con demostración que Jesus era hombre y Dios, el rey ungido que prometieron los profetas. Quiso que

(2) *Tibi soli peccavi, et malum coram te feci.*(3) *Psalm. 37, vers. 5.*

su pregunta enseñase con la respuesta de Cristo lo que no podía tener igual autoridad en sus palabras. Literalmente lo probaré con el texto sagrado. Preguntaron á Jesus «¿si era el prometido, el que había de venir?» Y Cristo respondió con obras sin palabras; pues luego resucitó muertos, dió vista á ciegos, piés á tullidos, habla á los mudos, salud á los enfermos, libertad á los poseidos del demonio. Y despues dijo: «Id, y diréis á Juan que los muertos resucitan, los ciegos ven, los mudos hablan, los tullidos andan, los enfermos guarecen.» Quien á todos da y á nadie quita; quien á todos da lo que les falta; quien á todos da lo que han menester y desean, ese rey es, ese es el Prometido, es el que se espera, y con él no hay mas que esperar. Pobladas están de coronas y cetros estas acciones. No dijo: «Yo soy rey»; sino mostróse rey. No dijo: «Yo soy el Prometido»; sino cumplió lo prometido. No dijo: «No hay que esperar á otro»; sino obró de suerte, que no dejó que esperar de otro.

Sacra, católica, real majestad, bien puede alguno mostrar encendido su cabello en corona ardiente en diamantes, y mostrar inflamada su persona con vestidura, no solo teñida, sino embriagada con repetidos hervores de la púrpura; y ostentar soberbio el cetro con el peso del oro, y dificultarse á la vista remontado en trono desvanecido, y atemorizar su habitación con las amenazas bien armadas de su guarda: llamarse rey, y firmarse rey; mas serlo y merecer serlo, si no imita á Cristo en dar á todos lo que les falta; no es posible, Señor. Lo contrario mas es ofender que reinar. Quien os dijere que vos no podeis hacer estos milagros, dar vista y piés, y vida, y salud, y resurrección y libertad de opresion de malos espíritus, ese os quiere ciego, y tullido, y muerto, y enfermo y poseído de su mal espíritu. Verdad es que no podeis, Señor, obrar aquellos milagros; mas tambien lo es que podeis imitar sus efectos. Obligado estáis á la imitación de Cristo.

Si os descubris donde os vea el que no dejan que pueda veros, ¿no le dais vista? Si dais entrada al que necesitado de ella se la negaban, ¿no le dais piés y pasos? Si oyendo á los vasallos, á quien tenia oprimido el mal espíritu de los codiciosos, los remediais, ¿no les dais libertad de tan mal demonio? Si ois al que la venganza y el odio tiene condenado al cuchillo ó al cordel, y le haceis justicia, ¿no resucitais un muerto? Si os mostrais padre de los huérfanos y de las viudas, que son mudos, y para quien todos son mudos, ¿no les dais voz y palabras? Si socorriendo los pobres, y disponiendo la abundancia con la blandura del gobierno, estorbais la hambre y la peste, y en una y otra todas las enfermedades, ¿no sanais los enfermos? Pues ¿cómo, Señor, estos malsines de la doctrina de Cristo os desacreditarán los milagros de esta imitación, que sola os puede hacer rey verdaderamente, y pasar la majestad de los cortos límites del nombre? Por esto, soberano Señor, dijo Cristo: «Mayor testimonio tengo que Juan Bautista, porque las obras que hago dan testimonio de mí.» Y reconociendo esto san Juan, no dijo lo que sabía, sino mandó á sus discípulos le preguntasen «quién era», para que respondiendo sus obras, viese el mundo mayor testimonio que el suyo.

Pues si no puede ser buen rey (imitador del verdadero Rey de los reyes) el que no diere á los suyos salud,

vida, ojos, lengua, piés y libertad, ¿qué será el que les quite todo esto? Será sin duda mal espíritu, enfermedad, ceguera y muerte. Considere vuestra majestad si los que os apartan de hacer estos milagros quieren ellos solos veros y que los veais, acompañaros siempre; que no habéis con otros, y que otros no os hablen; que no obreis salud y vida y libertad, sino con ellos: y sin otra advertencia conoceréis que os ciegan, y os enferman, y os tullen y os emudecen; y os hallaréis obseso de malos espíritus vos, cuyo oficio es obrar en todos los vuestros lo contrario. Insensatos electores de imperios son los nueve meses. Quien debe la majestad á las anticipaciones del parto y á la primera impaciencia del vientre, mucho hace si se acuerda, para vivir como rey, de que nació como hombre. Pocos tienen por grandeza ser reyes por el grito de la comadre. Pocos, aun siendo tiranos, se atribuyen á la naturaleza: todos lo hacen denda á sus méritos. Dichoso es quien nace para ser rey, y reinando merece serlo; y no se merece sino con la imitación de las obras con que Cristo respondió que era rey. El angélico doctor santo Tomas, en el *Opúsculo de la enseñanza del príncipe*, dice que si los monarcas, que están en la mayor altura y encima de todos, no son como el fieltro, que defiende de las inclemencias del tiempo al que le lleva encima, son como las inclemencias, diluvios y piedra sobre las espigas que cogen debajo. Lleva el vasallo el peso del rey á cuestras como las armas, para que le defienda, no para que le hunda. Justo es que recompense defendiendo el ser llevado y el ser carga.

## CAPITULO V.

Las costumbres de los palacios y de los malos ministros; y lo que padece el rey en ellos, y con ellos. (Matth. cap. 26., Luc. 22.)

*Et viri qui tenebant eum*, etc. «Y los varones que le tenían se burlaban de él. Entónces le escupieron en la cara: cubriéronle dándole pescozones. Otros le dieron bofetadas, y le preguntaban diciendo: Cristo, profetizanos quién es el que te dió. Y los ministros le herian con piedras, y decían otras muchas cosas, blasfemando contra él.»

Del texto sagrado consta que ataron á Cristo para llevarle á palacio; y que en tanto que anduvo en palacio, anduvo atado y arrastrado de unos ministros á otros. Lazos y prisiones llevan al justo á tales puestos, y preso y ligado vive en ellos. Hasta el fuego de los palacios es tal que san Pedro, que en el frío de la noche se encendió en la campaña contra los soldados, calentándose al fuego de la casa de Caifas, se heló de manera que negó tres veces á Cristo. No se acordó, negándole, de que le había dicho él mismo que le negaría tres veces; y acordóse en cantando el gallo; porque en palacio se acuerdan ántes de las señas del pecado cometido, que de la advertencia para no cometerle. Esta circunstancia de su negacion, con la negacion, llorando amargamente bautizó con lágrimas san Pedro. Hemos dicho de los que entran; digamos de los príncipes que le habitaban. Uno y el primero fué Anas, el que dió el consejo de «que convenia que uno muriese por el pueblo». Este le preguntó de su doctrina y de sus discípulos. Cristo nuestro Señor, que predicando había dicho: «¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?» y en otra parte: «Yo soy camino, verdad y vida;» viéndose preguntado por juez